

LA TIERRA SANTA

SEMBLANZA DE SUS MONTAÑAS

El hombre admirador por naturaleza, de los grandes héroes, siente en su alma un impulso innato e irresistible, que le sugiere a relacionarlos con su tierra natal, con la tierra en que vieron su primera luz y se desarrollaron.

Y es que esta sugestión corresponde a una realidad inevitable. Es que la tierra moldea al alma que se forma en ella, haciéndole tomar sus rasgos y su imagen.

¿Acaso el alma tibetana no tiene impreso el sello de religiosidad que la domina, por la imponente majestad de aquel Himalaya que les acoge y cuyas crestas se proyectan recordadas en el cielo?

Sí. La naturaleza imprime su carácter en el hombre que la habita. Pero cuando se trata del alma del Maestro, la fascinación es única.

La fascinación que su figura produce en nuestras almas, nos hace hoy recordar su tierra, la tierra y las montañas de Palestina.

Tierra e historia. Son dos factores importantes en el perfil del alma de un pueblo.

Porque el sentimiento que la tierra produjo en los primeros habitantes, los rasgos que modeló en su alma, tras pasados después por generaciones y generaciones a las almas de los descendientes, constituyen la historia de ese pueblo.

El alma del Maestro en su parte humana estaba configurada por la historia de su pueblo y la tierra y montañas de su patria.

¿No amó también El las cumbres? Conozcámoslas un poco, viendo la historia que flota sobre ellas y los sentimientos que producen.

* * *

Un día, cerca de los 2.000 años antes de la venida del Maestro, un hombre errante cruzaba solitario los caminos de esa tierra mágica, Palestina. Había abandonado su patria Ur, allá en la baja Mesopotamia, una tierra llana y uniforme, donde un pueblo vulgar sin ideales, le atenazaba cada día más.

«Vete a la tierra que yo te mostraré». Cruzó Damasco y siguió ruta sodoeste. Dejando a su derecha el Antilibano, la belleza sublime del monte Hermón nevado, debió estremecer su alma solitaria y sedienta de un ideal humano más alto que aquel que abandonó en Ur. Siguiendo un camino intermedio por Iturea, penetró en Palestina. Las montañas de esta tierra, debieron ser el molde adecuado que respondía a su espíritu de mayor elevación, que le había sacado de Ur. Y decimos las montañas, porque en ellas se quedó. Porque el verde valle del Jordán con la rica región de la Decápolis no le importó, dándola a Lot. En cuanto a la llanura mediterránea que se extiende desde el monte Carmelo hasta Gaza, no llamó siquiera su atención.

¿Nos imaginamos a aquel hombre errante —errante por voluntad de Dios e insatisfacción de su propio espíritu— anhelante de una vida más perfecta y pura, contemplando las montañas de Palestina?

Nos lo imaginamos en su campamento de Siquen, comprobando que, aquellas montañas todavía vírgenes e inmaculadas porque la historia no se había cernido sobre ellas, aquellas montañas ascéticas, serenas y llenas de paz, le llamaban. Había llegado a la tierra que Dios le había de mostrar.

¿Sus sueños? Vivir él conforme a sus anhelos. «Te daré una descendencia numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar...».

* * *

Toda la historia de los israelitas en Palestina, no es sino eso: una lucha constante por mantener el ideal de pureza superior a los pueblos que la rodeaban, ideal legado por un primer predecesor, Abraham, que vió en aquellas tierras y montañas el escenario adecuado donde desarrollar sus ideales.

Sobre esos montes, ha quedado un halo de historia bajo el cual hay que mirarlos.